

guras mayores de la poesía hispánica de nuestro tiempo, inseparable —más se confirma en este libro— del nombre de Chile.—*Juan Loveluck.*



“CAMINO DE PERFECCIÓN”, de *Pío Baroja*. “Biblioteca Hispana”, volumen XI. Edit. Universitaria. Santiago de Chile, 1956 (334 págs.)

Un acontecimiento literario rubrica brillantemente las actividades editoriales chilenas de 1956: la edición de una de las más importantes novelas de la generación del 98, *Camino de perfección (Pasión mística)*, de Pío Baroja, prologada con erudición y amplitud por el catedrático Juan Uribe-Echevarría, en el tomo XI de la “Biblioteca Hispana” de la Editorial Universitaria. Es una nueva muestra de la intensa labor de divulgación hispánica (no en la gastada moneda de la palabrería), iniciada por Juan Uribe hace veinticinco años, con sus primeros y juveniles artículos en diarios y revistas del país.

Conjugadas, pues, la importancia de la novela que aparece —por primera vez en Chile y en América— y la riqueza informativa y crítica del estudio preliminar (páginas 10 a 120), se empieza a comprender la excelencia de la presentación, en la que influye no sólo el amplio conocimiento de quien la firma, sino un caluroso “barojianismo”, su relación personal con el novelista vasco, y el entusiasmo que ha demostrado Juan Uribe en largo ejercicio de apreciación de la gente del 98, dentro y fuera de la cátedra que ocupa en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

El estudio preliminar comprende estos capítulos: “Esbozo biográfico”, “La obra: líneas generales”, “El ensayista”, “Periodismo, teatro y crítica teatral”, “El poeta”, “El memorialista”, “Ideas filosóficas”, “Técnica novelesca”, “El estilo”, “El personaje, los personajes” y “*Camino de perfección*, novela clave del 98”. Corona el estudio una completísima información bibliográfica. La sola mención de los capítulos del prólogo, sitúa su importancia en el campo de la

literatura española moderna, e indica que habrá que recurrir a él si se quieren apartar los estudiosos de los desnutridos e incompletos perfiles que aportan los manuales.

El primer capítulo del prólogo, esbozo biográfico de Baroja, es de limpias líneas, certero y ágil; aunque tiene como punto de partida los estudios que se han escrito sobre la existencia de don Pío, y las observaciones que sobre sí mismo ha hecho el novelista, recibe un impulso personal de Uribe, y está realizado sobre el conocimiento directo del autor. Por ejemplo, el relato de una entrevista reciente (marzo de 1956), nos muestra al escritor cercado por las dolencias que causarían su muerte. Las noticias que se obtenían por las fuentes oficiales eran entristecedoras; de las páginas de nuestro prologuista surge un hombre que en los naufragios del cuerpo y de la mente cansados, conserva la originalidad, la luz de la gracia y el don de la penetración; he aquí un perfil, de los postreros, del autor de *La sensualidad pervertida*: "Producía pena y consternación ver al creador de tanto personaje inolvidable no recordar ni el nombre de sus amigos íntimos. Era una conversación fantasmal. Un discurso fuera del tiempo; un extraño divagar sin nombres, épocas ni ambientes. Don Pío sonríe con amargura, consciente de su lenta destrucción:

"—Se me ha hundido el cerebro. ¡Qué curioso!... Ya todo me parece un sueño: mi vida, mis escritos, mi familia... ¡Cuándo terminará todo esto!" (página 26).

Del prólogo surge una imagen verdadera de Baroja; no esa idea clisé que nos hemos forjado de él, una especie de puerco-espín literario que para todos guardaba un dardo, una frase sarcástica o de lancinante ironía, sino el hombre íntimo, sencillo, original. Su rebelarse contra la idiotez sistemática, contra las endemias nacionales, su posición personalísima en todo, hacían que los mediocres que se le acercaban, se retirasen con sólo la imagen torva, encrespada de iras y odios. Uribe lo rescata de esa visión que no corresponde al Baroja íntimo y verdadero que él conoció; de ese modo surge ante nosotros un ser sencillo, afable, que al irse quedando solo en su ancianía, recordaba la frase de su madre, cuando él llegaba al anoche-

cer a la casa de sus mayores: "He estado sola toda la tarde". Por su parte dijo don Pío en 1954: "Yo, que tengo ahora tantos años como tenía mi madre en esa época, he estado solo durante mucho tiempo, por la mañana, por la tarde y por la noche. Al fin me he habituado y la soledad ya no me pesa y muchas veces me encanta, siempre que no perturbe, como cuando va unida al insomnio o al lumbago..." (página 24).

En el capítulo "El estilo", uno de los más interesantes del prólogo, se refiere el profesor Uribe, *in extenso*, a ese aspecto del escritor vasco. La simplicidad, el antirretoricismo, la limpia fluidez, la impureza a veces, la sinuosidad y la variedad del estilo barojiano, son facetas a las que se han referido largamente, entre otros, Ortega y Gasset, Azorín, H. Peseux-Richard, Armando Donoso, Alfonso Reyes, Salvador de Madariaga y, por supuesto, el mismo don Pío, defensor de sus posiciones personales. Acaso pudiera glosarse el ideario de Baroja ante su modo de escribir, con éstas sus propias palabras de *Juventud, egolatría*: "la retórica de todo el mundo es mala, la retórica de cada uno es la buena". Certera afirmación.

En el mismo capítulo encontrará el lector de *Camino de perfección* una verdadera antología de juicios sobre el estilo de Baroja, muchos de ellos formulados en libros cuya consulta es imposible en centros bibliográficos pobres. A quienes no se acercan a Baroja porque escribe a veces en desacuerdo con los dictados friolentos de los decires académicos (otros huyen aterrorizados por su nota anticlericalista), les conviene recordar este juicio de Gregorio Marañón, citado por Juan Uribe: "El crítico, el erudito, el pedante, podrán hacer reparos, con la gramática en la mano, a los diálogos maravillosos —siempre maravillosos de exactitud— con que hablan los personajes de Baroja; pero el hombre de la calle los lee con fruición, porque sabe que es así, y no de otro modo, como habla él mismo; con la misma fuerza espontánea y también con las mismas incorrecciones; benditas incorrecciones, signo de vitalidad; porque sólo es correcto lo que tiene vida".

De tanta importancia en el prólogo como las páginas dedicadas a la "Técnica novelesca", es el capítulo "El personaje, los personajes"; insiste el profesor Uribe en la frecuentísima contaminación que los personajes barojianos sufren con la ideología del novelista: "Baroja echa a andar un héroe que muchas veces no es más que su embajador literario, el hombre que lo representa en la narración. Su propia contrafigura en las aventuras que inventa la fantasía desbordante de don Pío" (página 76). El autobiografismo de sus personajes, la técnica de darles perfiles borrosos, imprecisos, brumosos, se estudia con detenimiento. Sus personajes son grandes caminantes; la acción de las novelas se reduce, muchas veces, y más que a otra cosa, a la búsqueda del destino, búsqueda que hacen el personaje o los personajes, desplazándose de un pueblo a otro; esto mismo contribuye a lo que llamaríamos en Baroja, *técnica dispersiva*, ruptura frecuente de línea épica o narrativa, cuando existe, saltos en la ficción. O bien, novelas de escenas, con acción determinada por la constante salida o entrada de los personajes, sobre todo secundarios. Novelista del vagabundeo, pues, de acuerdo con la observación de Ortega: "Baroja ha hecho de su obra una especie de asilo nocturno donde únicamente se encuentran vagabundos" (*Ideas sobre Pío Baroja*, 1916). Igualmente se insiste y se perfilan, en esta parte del estudio preliminar, otros rasgos de la creación de caracteres en Baroja: su habilidad para el trazo de los personajes secundarios, el aventurerismo de sus seres novelescos.

El prologuista cita, como uno de los mejores estudios sobre Baroja, el de Luis S. Granjel, *Retrato de Pío Baroja* (Barcelona, 1953), en cuyas páginas se clasifican así los personajes novelescos del escritor vasco: personajes-espectadores, personajes en huida de sí mismos, personajes abúlicos y nietzscheanos y, por último, grandes activos y aventureros.

Por esa ladera, descendemos a *Camino de perfección*, cuyo protagonista, Fernando Osorio, va, justamente, huyendo de sí mismo, de su indefinición, y exhibe, a la vez, abundantes notas de abulia, de nihilismo. Novela-clave del 98, apareció en 1902, y un año antes,

como folletín en un periódico. Retrato anímico, como *La voluntad*, de una generación; novela de la abulia, de un estado de alma, por lo tanto. Vagabundeo por los pueblos, por las llanuras tostadas y sin vegetación. Caminar sin rumbo, para que un hombre dibuje el perfil de su destino y lo encuentre, en una mujer y en un hijo.

“*Camino de perfección* es, sin duda, la novela más representativa de la generación del 98, escribe el prologuista. En ella se dan todas las actitudes fundamentales, las repulsas y aficiones, los ingredientes ideológicos del famoso grupo literario (...) Baroja exalta la evasión, el vagabundaje, y realiza la descripción sentimental, intimista, *intra-histórica* del paisaje castellano. Fernando Osorio, vale decir, Baroja, lee a Nietzsche, reacciona ante la vida frívola y decadente de la burguesía madrileña y recorre Castilla a pie, a caballo, en trenes y carricoches, cumpliendo una inspección directa de la vida española” (página 100). Tan cierto como lo anterior, es que esa “inspección” se hace por el deseo de una doble huida: la de sí mismo y la de la vida anodina, inexpresiva, nada fructífera, de las ciudades. Un nuevo *beatus ille*, que tiene como aspiración los pequeños pueblos castellanos. ¿Encontrará Fernando Osorio lo que busca en los pueblos? Lo recibe y lo despide el desencanto; los pueblos son, en pequeño, el reflejo de las ciudades; y a veces, los males, las lacras, las desvergüenzas, se ven mejor, aumentan con la cercanía y el verse y mirarse a metros. Por lo mismo, Osorio está un día, o unas horas en cada sitio y seguirá su huida, su moverse bajo hermosos y coloridos cielos, sobre quietos paisajes; y cuando se detenga, por fin, no será un pueblo, no un modo de vida, no un destello de talento o el revés de la superficialidad, lo que encuentre, sino una fuerte atadura sentimental: Dolores.

Osorio es un desencantado: “¿Matarme? Me haría un favor” (página 262); no encuentra un tónico para su voluntad perdida por la monotonía y la vulgaridad; de allí su búsqueda de una “vida enérgica” (página 263). ¿Pero encontrará algo en los pueblos? Estos se suceden parecidos y para todos puede tener vigencia la afirmación de la página 256: “Allí todo es nuevo en las cosas, todo es viejo en

las almas". De modo que el senequismo de Osorio no es puro; es excrecencia de su abulia ("como no se pueden saciar todos los deseos, porque el hombre es como un gavilán, pues vale más no saciar ninguno", página 200), pues lo ha invadido la falta de voluntad, de determinaciones, de impulsos: "—¿Y adónde va usted, si se puede saber? —Difícil es, porque yo no lo sé" (página 164). "Tengo la inercia en los tuétanos... tengo el pensamiento amargo..."; "me encuentro hueco, ¿sabes? Siento la vida completamente vacía" (página 130). Y a veces sólo le queda la esperanza de vibrar siquiera un instante con la llama del entusiasmo: "Ese entusiasmo es mi única esperanza" (página 132).

Concluye el interesante estudio con una comparación entre la novela editada y *La voluntad*, de José Martínez Ruiz (Azorín), "obras que parecen haber sido concebidas casi al mismo tiempo, por dos escritores de gran convivencia mutua y cuya ideología era, prácticamente, la misma" (página 108).

Terminamos estas deshilvanadas líneas sobre la importante edición del profesor Uribe, insistiendo en el valor que tiene este nuevo volumen de la "Biblioteca Hispana" en los estudios sobre Pío Baroja y su ya casi extinguida generación.—*Juan Loveluck*.

■

"THE BOOK CALLED "CELESTINA" IN THE LIBRARY OF THE HISPANIC
SOCIETY OF AMERICA, by *Clara Luisa Penney*. New York, 1954
(VIII + 157 páginas)

En los últimos años, la bibliografía sobre *La Celestina* se ha enriquecido considerablemente con ensayos y libros que tratan de ofrecer una solución a los múltiples problemas que la obra presenta. A los libros recientes de Carmelo Samonà, Manuel Criado de Val y